



EN LA AVENIDA

Cuando abrió el balcón, la luz dura de una mañana sin sol lo hirió en los ojos.

Cubriéndoselos del resplandor excesivo, contempló la ciudad extendida sobre una llanura monótona, de elevaciones pequeñas que terminaban al comenzar.

La avenida, muy ancha, se abría varios pisos más abajo. Un falso monumento romano, pretencioso y pesado –columnata en arco con héroes, matronas, vestales, auriga y carroza, todo protegiendo al prócer casi invisible, un hombrecito de chaqué tallado en mármol– la coronaba, y daba la ilusión de que la avenida arrancaba allí para ir a morir al mar.

Pensó que el monumento era espantoso. Visto así, en conjunto, presidiendo desde una elevación que terminaba abrupta detrás de él, tenía algo de teatral, de desagradablemente operático, sobre todo en días claros o por la noche, cuando de los otros barrios de la ciudad subía un fulgor y el cielo daba sensación de un telón de fondo iluminado para destacarlo, en espera del tenor tirado por el cisne: *Leb wohl, du wilde Wasserfluth...*

Debajo del balcón la avenida se convertía en un intento de jardín, de arbustos raquíticos podados con terquedad, en medio de parterres pisoteados y tristes, para cubrirse más allá de árboles opulentos y oscuros y seguir su carrera a un mar siempre hermoso, de un añil intenso que en ciertas tardes lo exaltaba.

Miró al auriga, las matronas, las vestales, los ángeles y la proa de galera ridículamente pequeña. Impulsada por remos diminutos de mármol, daba la impresión de que el enorme monumento iba a emprender de un momento a otro la navegación sobre la hierba, avenida abajo.





Luego, hostigado por la luz lívida e hiriente, cerró el balcón y regresó a la habitación.

Rendida sobre el lecho, a la media luz que entraba por las persianas entornadas, se veía casi hermosa. La contempló largo rato, temeroso de destruir la expresión absorta, concentrada en el total olvido del sueño, indiferente al ruido que ensordecía el ambiente y que subía de la intersección, debajo de la ventana.

Viéndola dormir, pensó que éstos y aquellos otros en que guardaba silencio eran sus mejores momentos. No porque su conversación, en la que ponía la misma dosis innecesaria de intensidad que dedicaba a cada acto, lo molestara. Lejos de ello, le intrigaba la capacidad de derrochar tanta energía en las afirmaciones más triviales, en los actos más cotidianos, y le parecía reveladora de una actitud para el apasionamiento digna de causas infinitamente más valiosas, de tesoros ocultos que tal vez jamás llegaría a descubrir, de posibilidades sin fin para la bondad, para el trabajo, para el rencor.

Pero cuando guardaba silencio, con el cabello alisado junto a la mejilla, absorta en la conversación de los demás o en la lectura, una profunda serenidad descendía sobre ella que a él le hacía desearla más que a ninguna otra cosa. O quizá desear sobre todo su compañía. En las últimas semanas se decía que eso era todo lo que deseaba desde la mañana en que mientras se acercaba al sitio donde ella lo esperaba pensó, ardiéndole los ojos, por qué todo se había gastado tan rápidamente, por qué todo se gastaba tan rápidamente. Pero el deseo de ella o el de su compañía, ¿no eran casi la misma cosa?

Se preguntó si aquellos dones para la devoción, la energía avasalladora que dominaba todos sus actos y que había tropezado con él como con un poste, amenazándolo con su ímpetu, inundándolo de ternura con la misma decisión con que hubiera podido sumergirlo bajo incontables capas de aborrecimiento, se

trocarían alguna vez en una capacidad para el odio, y si la misma adoración que en un primer momento halagó su vanidad acabaría sin transiciones por destruirlo mediante una simple alteración de fanatismos.

Le puso una mano en el hombro tibio y redondo, dorado por el sol de todo el verano, que cedió bajo la presión de los dedos. Gradualmente, ella despertó.

—Me marchó —le anunció, acariciándole los cabellos húmedos de sudor. Realmente estaba hermosa así, semidormida en la penumbra—. Es tarde, levántate —insistió.

Ella no abrió los ojos, y se limitó a sonreír vagamente.

—Adiós —volvió a rozar el hombro con los dedos. Ella se lo tomó con una mano delgada y suave, caliente, casi ardiente por el contacto con el cuerpo dormido bajo las sábanas. Primero lo apretó con la presión temblorosa del que despierta, luego jugó con ellos y al fin terminó por abandonárselos.

Esperó la pregunta que sabía que ella temía formular, pero que torpemente formulaba siempre, y que él deseaba oír por un secreto deseo de contrariarla, quizás de atormentarla.

—¿Cuándo vuelves?

—Uno de estos días.

Siguió un silencio en que él paladeó su pequeña victoria con un poco de pena. Ella no hizo ademán de moverse ni de decir nada.

—¿No te levantas?

La respuesta tardó un poco.

—Ahora. No me gusta que me veas por la mañana.

—Qué tonta.

Ella hizo un gesto, como quien se resigna a un destino. Él le rozó de nuevo los cabellos y se inclinó para besarla, pero desistió de hacerlo.

—Adiós —repitió, y salió del cuarto.

Caminó por el corredor cuya oscuridad perenne lo molestaba



y que encendía siempre al pasar, con un puñetazo en el conmutador. Pero esta vez no reparó en la oscuridad. Abrió la puerta, salió al rellano de la escalera, bajó sin esperar el ascensor y ganó rápidamente la salida, ansioso de respirar de nuevo el aire de la calle.

—¿Cuándo vuelves?

La pregunta se la hacía ahora otra mujer desde el rellano de otra escalera. Inofensiva y banal, tenía el poder de irritarlo de una manera descompasada.

Había llegado al primer descanso. Se detuvo, tratando de identificar el origen de su irritación. ¿Qué era exactamente lo que se la producía, la implicación del deber de volver, la exigencia velada que no iba más allá del marco milenario de las obligaciones familiares o la voz cascada y temblorosa, el cuerpo de pie en lo alto de la escalera, apoyado con torpeza en la pared?

La figura se llevó una mano a la cintura con un gesto reminiscente de lo que medio siglo antes debió ser una postura elegante, una coquetería. Sintió una piedad atroz.

Viéndola allí, varios escalones por encima de él, alisándose el cabello con una mano temblorosa donde las venas se marcaban mucho, pensó en los recuerdos que tenía de ella, que las fotografías que a veces le pedía como para una comprobación febril de una realidad cada vez más dudosa y elusiva, le ayudaban a confirmar. Sobre todo las más antiguas, las anteriores a su nacimiento, que lo habían deslumbrado cuando ella se las había mostrado por primera vez.

Evocó el primer recuerdo que tenía de esta mujer, su madre: la figura esbelta, el gesto firme, el paso decidido (para él majestoso), la mirada a menudo agresiva, la voz tranquila, que podía con tanta facilidad hacerse dura, la risa con frecuencia sarcástica, la ropa que él creía más allá de todo reproche, los paseos, los hombres que rara vez reaparecían.

Su relación con ella oscilaba entre la compasión y la ira, entre



la desesperación impotente y el arrepentimiento. No había puntos intermedios, neutrales o indiferentes que la hicieran llevadera, que aliviaran la constante tensión.

La comprobación de una inteligencia en retroceso, delatada por las historias mil veces oídas que ella repetía tercamente como si acabaran de suceder, lo sumía en una desesperación hosca que se traducía en violencia, en exabruptos mal dominados. Las reacciones pueriles, la mezquindad de una vida en retirada, las tretas infantiles, la curiosidad mal encubierta, casi malsana, la incipiente maledicencia, las mentiras patéticas, las pequeñas miserias fisiológicas... Pensó que sus relaciones con ella se habían reducido a la observación de ese proceso inicuo. Cerró los ojos.

“¡Corre, trae las fotos!” —estuvo tentado de suplicar a la figura devastada que inquiría desde lo alto de la escalera—, “¡vamos a verlas juntos otra vez!”.

Pero sólo le contestó:

—Pronto.

Y siguió bajando.

Contempló largo rato el movimiento de la calle, la masa de agua color pizarra de la bahía que se extendía frente a él y luego se adentraba en un recodo, invisible desde su punto de observación.

¿Qué tendría este día que le obligaba a mirar las cosas como si no las hubiera visto nunca? Había días así, cuando hasta los objetos nos obligaban a considerarlos de nuevo.

Miró las paredes de la habitación donde trabajaba. Era un cuarto feo y vulgar, que no había visto pintura en muchos años, pero no del todo desagradable.

Oyó llegar a la mujer que venía a hacer el almuerzo. Llegaba tarde; venía desde el otro extremo de la ciudad. La sintió meter la llave en la cerradura, abrir la puerta, cerrar con cuidado y entrar en el pequeño vestíbulo sin hacer ruido, para que él no la oyera. A mediodía sentiría hambre, pero esperaría a que ella terminara



los preparativos y comería sin reñirle, fingiendo que no la había oído llegar, sobre todo hoy, cuando el mundo estaba cubierto por aquel cielo bajo que ponía un resplandor en todo y destacaba hasta los detalles más insignificantes.

Pensó en los que vendrían a ocupar el espacio en que él estaba. Alguien pintaría la habitación para luego abandonarla, amantes, niños, viejos, muchachas, solitarios –para recibir a las generaciones las paredes cubriéndose de sucesivas capas de color que inevitablemente se marchitaban y terminaban por ennegrecerse.

Sobre las losas del piso, de un mal gusto anonadador, caminarían cuerpos que él no conocería nunca y que no sospecharían que él había pasado por allí. Pies hermosos y jóvenes, pies infantiles, pies cansados o deformes, pies abandonando lechos tristes y fríos o tibios y alegres, multitudes de pies entrando por primera vez o marchándose para siempre; hombres o mujeres yendo a abrir la puerta para la alegría o a cerrarla para la tristeza –todo sobre las mismas losas sólidas y feas, sin sospechar nadie nunca, ¡jamás, jamás! que él había sufrido, amado, pensado allí.

Caminó toda la tarde. El calor lo aplanaba todo. El estrépito innecesario en que la ciudad se complacía se intensificaba a medida que el sol –invisible todo el día pero implacable comenzaba a descender. Molesta por el intenso resplandor, la multitud de hombres y vehículos elevaba el diapason y sólo conseguía irritarse más.

Bruscamente relampagueó y el cielo comenzó a oscurecerse, casi sin transición. La luz cedió un poco, pero el calor aumentó y el aire se hizo más espeso. Seres humanos, vehículos y truenos competían ahora entre sí para producir ruidos. La atmósfera estaba pegajosa.

—Quizás llueva –pensó—. Ojalá.

Cuando llegó a una bocacalle miró hacia el sur. Una nube negra había cubierto gran parte de la ciudad y avanzaba lentamente, entre truenos.



Se detuvo en plena acera, anticipando el alivio inminente de la lluvia, la humedad, la frescura.

—Va a llover —dijo en voz alta.

La calle adquirió un tono oscuro, un gris plumizo muy cercano al negro. El viento se agitó y arrastró nubes de polvo sobre el asfalto. La nube estaba ahora sobre su cabeza.

—Menos mal, va a llover —comentó con un hombre que pasaba—. Menos mal.

El hombre lo miró y siguió de largo.

Mucho rato, parado en la acera, esperó la lluvia, pensando atravesar la ciudad a pie, lentamente, dejándose empapar.

Pero el viento cesó y poco a poco el cielo comenzó a despejarse, aunque no aclaró del todo. Sobre la ciudad quedó colgando la misma nube espesa, de un resplandor lívido.

Caminó al azar. Luego, entre mil gestos posibles hizo el que menos dificultad ofrecía: echó una moneda en un teléfono y esperó.

La abrazó bajo los árboles, en un recodo que hacía la avenida, detrás del monumento donde eran menos visibles. Volvió a ver el hombro desnudo y tibio.

Más allá del monumento, donde el terreno se hundía abruptamente, habían hendido una loma para dar paso a la avenida, que ahora avanzaba entre dos altos muros de tierra caliza, de un blanco amarillento. En algún lugar había leído que las largas vetas de muchos tonos de blanco y amarillo eran margas del Eoceno inferior.

Pensó, sintiendo el cuerpo de ella apretarse temblando contra el suyo, que quizás un geólogo, al hendir el polvo con su pico miles de años después, destrozaría su sexo, ahora erecto.

La idea primera lo entristeció pero después lo exaltó. Mientras este planeta que vagaba en el espacio sin objeto aparente no estallara, quedaría incrustado para siempre en alguna marga. Y aun si



el planeta estallaba, convertido en partículas de polvo él seguiría flotando en el vacío.

Comprendió que era eterno.

